

Argentina en un taller de San Telmo

El encargado del edificio en donde está ubicado el taller de Nora Iniesta no sabe cuál es la puerta número dos de la planta baja, por lo que las visitas deben esperar a que Valentina, la mano derecha de la artista, se acerque hasta el pasillo para indicar el camino.

San Telmo fue el barrio elegido por la “Ciudadana Ilustre”, nombrada por la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires en 2013, para montar su taller. Todos los reconocimientos, títulos y diplomas de honor se encuentran colgados en una pared de casi tres metros que acompaña el ascenso de la escalera hasta el escritorio de Valentina. Pocas veces Iniesta usa esa escalera, generalmente se limita a dejar los sobres correspondientes en el primer escalón para que, cuando su mano derecha baje a tomar un café, los recoja. A sus 66 años sabe con certeza en qué debe gastar su energía y en qué no. Las escaleras quedaron fuera de la repartija. Ese no fue el caso de los colectivos ya que en varias ocasiones llegó a tomar hasta cuatro seguidos durante la noche.

Todos los elementos que se encuentran en el taller forman parte del legado artístico de Iniesta. Hasta en la mesa en la que toma su té, hay una serie de cartulinas blancas sobre un mantel color rojo navideño, en las que Nora garabatea formas geométricas mientras habla por teléfono. “Dibujar era mi lenguaje antes de escribir y después de escribir”, se excusa la artista.

Nacida el 12 de Octubre de 1950 en Lomas de Zamora y siendo la menor de tres hermanos, Iniesta atribuye sus dotes artísticos a la influencia de su vecina en aquella época, Virginia Conforti, que era maestra de dibujo y, a su madre, a quien describe como “una persona que tenía mucha creatividad”. “Como no podía ingresar al jardín porque no había vacantes, iba todas las tardes a trabajar con ella” (Virginia Conforti). Desde los cuatro años empezó a participar en “concursos de manchas para chicos” e insiste en que sus padres fueron quienes la estimularon en su carrera. Nora, además de estudiar en la

Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano, quería ser maestra. Había sacado el promedio más alto en el Normal de Lomas y hasta fue medalla de oro. Aun así se decidió por su atributo artístico: “Creo que me sedujo Bellas Artes tal vez por venir a Buenos Aires, por la independencia no lo sé. Eso es lo que yo sabía que iba a ser”.

En 1980 recibió una beca de nueve meses del Gobierno Francés. “Conozco París como Buenos Aires y lo uno a una etapa mía que fue muy creativa y de gran soledad”, confiesa Iniesta. Estaba sostenida por la beca que le proporciona un lugar de pertenencia que era “La Ciudad de los Artistas”, en pleno centro de París y recuerda que “era una fiesta”. A la vez su recuerdo se tiñe de gris: “Era muy desolador, no había internet y prácticamente no podía llamar por teléfono. Todo lo que tenemos hoy no existía”. Nora al recordar esa etapa de su vida reflexiona y confiesa que “el arte también es carencia como la mayoría de las cosas” y que “la felicidad son momentos”.

Divorciada y “consagrada a esto”, la artista disfruta de sus cuatro sobrinos como si fueran sus hijos. No es extraño que los cuatro tengan grandes influencias artísticas en sus respectivas carreras. “Todas las profesiones, más allá de circunstancias de la vida, vienen para mí de la infancia”, asegura Iniesta, para explicar su veta artística “Blanco y Celeste”, por la que es reconocida hoy en día. Nora indica que esta nueva visión está emotivamente incorporada por los actos escolares y los desfiles de la entrada de la Bandera. “A partir de ahí creo que en algún momento empecé ‘sin querer queriendo’ con este tema y la visual se habituó un poco a ver en “Blanco y Celeste” y a encontrar aquí y en el mundo elementos de esos colores que me captan, que atraen mi atención y así surge”.

Las primeras obras de esta temática parten de la Bandera Argentina. “Debo haber puesto tanto énfasis en eso que terminé siendo abanderada”, recuerda Nora con una pequeña sonrisa que permite vislumbrar sus dientes. No es extraño que sus elementos de trabajo estén relacionados con técnicas del jardín de infantes, como las figuritas y los collages. Cualquiera de éstas que decida utilizar la vincula con lo “femenino”. Esta cien por ciento segura de que “La Niña Argentina” –una de sus obras más conocidas– es ella

misma. “Hay siempre algo autorreferencial que uno a veces trata de dejarlo de lado, porque lo importante es la comunicación con los demás, pero si uno tiene claro quién es y lo que quiere hacer, seguramente va a comunicar mejor”, admite Iniesta. Es por ello que no le da mucha importancia a las técnicas que utiliza, ya que las considera “un vehículo para poder comunicar algo” por lo que el prejuicio desaparece.

En 2007, Iniesta realizó una muestra en el Museo Evita que se llamó “(D) Evocación Argentina” y desde ahí nunca paró de trabajar con su figura. “Evita surge por una invitación a hacer una muestra y esas cosas que surgen lateralmente se vuelven en mí cosas importantes o trascendentales. Van creciendo. Así fue como le dediqué un capítulo importante”, declara Nora. E indica que aunque recién en ese año comenzó a trabajar con ella, Evita, siempre le despertó cierta curiosidad.

Iniesta todavía tiene el recuerdo de su primer muestra de dibujos en 1970: “Fue en una escuela en Ensenada; fui siempre muy acompañada por mis padres y ya venía ganando premios desde muy chica. Me sentía feliz”. Aun así, con más de 50 años como artista, todavía se siente “desnuda ante el mundo” cuando expone y asegura que con los años lo que se adquiere es sólo un poco de seguridad ante la gente. “Según lo que muestre uno va cambiando pero es muy importante para mí mostrarle al mundo lo que uno hace”, admite. Picasso y Goya fueron algunos de los principales artistas de los que Nora se sirvió en sus primeros años de carrera. “Hoy, a la distancia, cuando los veo, pienso qué importante fueron para mí cuando estudiaba. La historia del arte te enseña la historia de la humanidad”, cree firmemente la artista argentina.

Nora define al arte como su identidad: “Si me sacas de ese lugar digamos que por ahí puedo ir un rato pero después me pierdo, me angustio mucho y tengo que volver a mi lugar”. Y está convencida de que “el arte te salva la vida”. Aun así, asegura que “padece más de lo que disfruta”, ya que siempre fue muy exigente con ella misma. “Tiendo a ver el vaso medio vacío”, admite. Consciente de su finitud en este mundo, está ansiosa por saber cómo encausar “todo esto”. “Uno no está todos los días en este mundo, uno tiene

una finitud. Me gustaría dejar un legado pero tampoco me siento tan reconocida, declara una artista argentina que tiene 39 páginas en su Currículum Vitae.

Su veta “Blanco y Celeste” tomó todo el taller de San Telmo. La mayoría de sus antiguas obras descansan apoyadas sobre la pared, una encima de la otra. Aun así se pueden encontrar escarapelas sobre ellas. La Argentina misma podría entrar en ese estudio. La luz tenue –debido a un inconveniente con la lámpara principal que el electricista no pudo reparar, pero que aun así cobró \$100– ayuda a que estos colores patrios no agobien la mirada en su primera lectura, sino que puedan ser descubiertos en su debido momento. Uno de los cuadros colgados en “la pared de los honores”, resalta en el taller, no por su falta de blanco y celeste sino porque retrata a Nora Iniesta en su juventud. Lo curioso es que difícilmente se pueden notar cambios físicos en su figura: se mantiene esbelta como hace 40 años. El único cambio notable es el de su cabello, que ahora es largo y rojizo. Desayuna todos los días tres frutas y durante el transcurso de la mañana come una tostada. A la noche una cena típica de la artista podría llegar a ser una acelga hervida con queso. Valentina, sin ningún tipo de vergüenza, le pregunta todos los días qué comió, pero nunca queda satisfecha con la respuesta que recibe. “Es hiperquinética”, resopla Valentina, sin entender de dónde saca Iniesta tanta energía. Nora lo atribuye a su trabajo: “Creo que voy a ser una persona que, mientras el cuero me dé, voy a seguir trabajando. No te jubilas de artista”.